

---

## 8. RODÓ

*(Una página a mis amigos cubanos)*

EN VUESTRA isla, cruzada por las inquietudes de los cuatro puntos cardinales, nunca habéis perdido el sentimiento del contacto con vuestros hermanos de raza. No sé si os asombrará lo que os digo; pero hubo un día en que mi México pareció —para las conciencias de los jóvenes— un don inmediato que los cielos le habían hecho a la tierra, un país brotado de súbito entre dos mares y dos ríos: sin deudas con el ayer ni compromisos con el mañana. Se nos disimulaba el sentido de las experiencias del pasado, y no se nos dejaba aprender el provechoso temor del porvenir. Toda noticia de nuestra verdadera posición ante el mundo se consideraba indiscreta. Por miedo al contagio, se nos alejaba de ciertas “pequeñas repúblicas revolucionarias”. ¡Y teníamos un concepto estático de la patria, y desconocíamos los horrores que nos amenazaban, sólo para que gimiéramos más el día del llanto! Y creíamos —o se nos quería hacer creer— que hay hombres inmortales, en cuyas generosas rodillas podían dormirse los destinos del pueblo.

Y entonces la primer lectura de Rodó nos hizo comprender a algunos que hay una misión solidaria en los pueblos, y que nosotros dependíamos de todos los que dependían de nosotros. A él, en un despertar de la conciencia, debemos algunos la noción exacta de la fraternidad americana. ¡Y hasta por estar a mil leguas de las mecánicas preocupaciones políticas era más exacta esa noción! Hasta por desentenderse de toda esa andamiada jurídica del panamericanismo, y fundarse sólo en un impulso de colaboración superior que dicta el sentimiento y que la razón corrobora. Porque son una gran mentira todos esos centros de propaganda, todos esos congresos parlantes, todas esas tramas diplomáticas. Porque la fraternidad americana no debe ser más que una realidad espiritual, entendida e impulsada de pocos, y co-

municada de ahí a las gentes como una descarga de viento: como una *alma*.

Para la época en que los primeros libros de Rodó cayeron en nuestras manos, ya los maestros escépticos de Europa nos habían hecho oír su voz. Con esa precocidad de despecho que caracteriza los comienzos del siglo, sabíamos de la negación de los valores, de la duda de la razón, y —en fin— de ese vago misticismo sin Dios que vanamente quería sustituir la robusta fe de otros tiempos. Sólo nos quedaba aquel frío regocijo técnico del arte por el arte; y vivir para escribir, sin amar la vida . . . Ya sabéis, lo del Hombre-Pluma de Flaubert: “Vivir no es mi oficio, no me importa: a mí sólo me toca contar la vida.” Quisiera que, en un magno esfuerzo de sinceridad, volvieran a sí mismos los ojos los adolescentes de hace quince años, y dijera cuantos de ellos hicieron a solas el pacto de aceptar la vida, solamente para ver cumplidas las promesas de su arte. Y en esa hora tan frágil —tan temerosa que pudo romperla el menor flaqueo, cualquier fracaso, o aquella acidez incurable de la primera pasión—, en esa hora que es la más solemne de toda una mitad de la vida, porque en ella volvemos a nacer voluntariamente; cuando todavía los dulces cuidados de los años no nos han revelado el verdadero sabor del mundo, Rodó trajo una palabra de bravura, un consejo de valentía aplicado a la concepción de la conducta. Ya suena a vuestros oídos la palabra mágica: “el altanero *no importa* que surge del fondo de la vida”. Un nuevo entusiasmo semejante al chorro de la fuente que se recobra al tiempo que cae. Un optimismo sin complacencias pueriles. Porque todos esos rodeos del razonamiento con que se nos quiere hacer aceptar el mal de la vida no son más que un gran pecado. *No importa*: un optimismo vital; parte mínima, pero preciosa del optimismo; la única en que la dignidad de la mente podía consentir, mientras la razón se restablecía de sus heridas.

Y ahora que, si bien se lucha por una idea, el nivel espiritual de los hombres puede descender; cuando las verdades provisionales de la acción se escriben cada día para borrarse al siguiente, ¡qué consoladoras las palabras del que nunca perdió su fe en el hombre, en la naturaleza y en la educación incesante! “No desmayéis —repetía Rodó—, no

desmayéis en predicar el Evangelio de la delicadeza a los escitas, el Evangelio de la inteligencia a los beocios, el Evangelio del desinterés a los fenicios.” Firme en las virtudes fundamentales, nunca se dejó vencer a los asaltos de este gran derrumbamiento social. Él que tantas sabía, una sola cosa ignoró: mientras afuera las ideas iban cada vez más confusas y los hechos más acelerados, él persistía en su ritmo lento y amplio, en divino sonambulismo, oponiendo al atropellamiento de la historia aquella su serenidad provinciana. . . ¡O, *felix culpa!* A éste no le despedazó la guerra, y pudo salvar su conciencia intacta, para que un día reconstruyamos por ella una imagen de las armonías perdidas.

En el *Diálogo de bronce y mármol*, una de sus últimas páginas escrita en Florencia, oíd cómo llora, por boca del Perseo de Benvenuto Cellini, sobre las mutilaciones del odio y de la incuria:

El hombre ya no existe. La criatura armoniosa que dio con su cuerpo el arquetipo de nuestra hermosura, y con su alma el dechado de nuestra serenidad, pasó como los semidioses de mi raza y como los profetas de tu gigantesco Israel [le dice al David de Miguel Ángel]. Los que hoy se llamaban hombres, noble título que quisieron llevar tu Dios y los míos, no lo son sino en mínima parte. Todos están mutilados, todos están truncos. Los que tienen ojos no tienen oídos; los que ostentan dilatado el arco de la frente muestran hundida la bóveda del pecho; los que tienen fuerza de pensar no tienen fuerza de querer. Son despojos del hombre, son vísceras emancipadas. Falta entre ellos aquella alma común de donde nació siempre cuanto se hizo de duradero y de grande. Su idea del mundo es la de un sepulcro triste y frío. Su arte es una contorsión histriónica o un remedo impotente. Su norma social es la igualdad, sofisma de la pálida envidia. Han eliminado de la sabiduría, la belleza; de la pasión, la alegría; de la guerra, el heroísmo. Y su genio es la invención utilitaria, y conceden las glorificaciones supremas al que, después de una vida dedicada a hurgar en la superficie de las cosas, regala al mundo uno de esos ingeniosos inventos con que el Leonardo de nuestro siglo jugaba, como con las migajas de su mesa, entre un cuadro divino y una teoría genial.

Fabulista moral, ¿qué árabe le enseñó el secreto de la gracia insinuante? ¿Qué místico de oro le enseñó —filósofo

práctico— a sorprender las pisadas inefables del Dios entre los trabajos y los días humildes? Su confianza en la razón procede de los mentores de Francia. Maestro de claridad latina, su párrafo es una estrofa de perfecta unidad. No necesitó renunciar a ninguna de las fragancias de la lengua castiza, ni le estorbó la herencia elocuente, ni se le enredaba la pluma en la frase larga. Resolvió por la calidad excelente lo que otros quieren resolver mediante fórmulas artificiosas y externas. Aquí, como en todo, sabía que el problema está en el espíritu, y que el espíritu tiene que engendrar de por sí sus formas adecuadas.

Ignoró la guerra literaria, el escándalo editorial y la propaganda de librería. Resolvió por la calidad excelente lo que otros quieren resolver mediante combinaciones de infinita malicia. Era el que escribía mejor y era el más bueno. Su obra se desenvuelve sobre aquella zona feliz en que se confunden el bien y la belleza. Y hoy nos volvemos hacia él como en busca de una arquitectura sagrada que resista al fuego de la barbarie, mientras le enviamos, arrobados, el vuelo de nuestras más altas promesas, y a Palermo, que recogió sus despojos, nuestras bendiciones.\*

\* Publicado primeramente en la revista *Unión Hispanoamericana*, Madrid, 11 de junio de 1917. (No confundirlo con una notita anónima en que meramente resumi palabras de Pedro Henríquez Ureña y di a la revista *España*, Madrid, 14 de octubre de 1915.)—1950.